

## ROZAS CAUTIVO

### I

«Cristiano rubio dejando *pa* semilla,» había gritado el cacique, apartando á *caballazos* el grupo de indios que, al concluir la refriega, atropellábanse por degollarlo; y, sin duda, á su belleza debió Rozas su salvación en tan apurado trance.

De D. Juan Manuel se dijo, posteriormente, que fué uno de los más hermosos tipos de su raza.

En aquel terrible año XL, que todo lo coloreó, cuando bajara de la escuadra francesa el vicealmirante Mackau á visitarle, en circunstancias que en un mismo sofá de crin negra sobre caoba conversaban ambos, salía el general Guido del salón de gobierno, exclamando con admiración:

—¡Jamás he visto juntos dos hombres más buenos mozos!

Agregando la hermana del gobernador, al ver entrar al general Mansilla:

—Ni militar de más gallarda planta que mi marido.

—Tiene razón, Agustinita; ni mujer más hermosa que la que con tanta perspicacia lo observa.

Y el galante diálogo entre una dama de *esprit* y nuestro ilustre diplomático seguiría derramando rosas (en el salón *del mismo*), más largo sin duda que aquella visita.

Pero como ninguno de los referidos personajes lo es de esta tradi-

ción, agregaremos solamente que, tratándose de cristiano tan gallardo, nada extraño fué que anduvieran *Cacicas* y *Capitanejas* tirándose de las mechas, cuando cristianas muy recatadas, caso hay más de uno en que algo parecido suelen hacer. . . . .

Como, cuándo y dónde cayó Rozas cautivo, tema es de capítulo aparte. Mientras algún alma caritativa ruega á San Pedro Nolasco por su redención, de cajón viene aquí una manita de historia pampa...

### II

Recuerda la tradición que un viernes 13 (diciembre de 1783) caía postrado de un bolazo en la frente el mayor de milicias D. Clemente López Osornio.

Cerca del palenque, frente á las poblaciones de su estancia (Rincón de López), se encontró después, cubierto por el del padre, el cadáver de su hijo Andrés, á quien defendiera hasta el último aliento.

La invasión de indios fué aquel año terrible y devastadora.

Pasado el Río Salado, sólo se divisaban por todas partes ruinas humeantes del gran *malón*.

Lo que poco se recuerda es que, el mismo día y más de cien leguas al Sur, por otro certero tiro de bolas que le amarrara los brazos, dejándole indefenso, caía también cautivo el alférez D. León Ortiz de Rozas.

El 3 de enero de 1785 salía del fuerte de Patagones D. Francisco Javier Piera, al comando de cincuenta soldados, hacia las tribus más cercanas, refugio de cuatrerros y desertores.

No habían transcurrido aún veinte días, cuando derrotados sus exploradores en los desfiladeros de las sierras, apenas escapó uno que llevara el cuento.

De notar era que contra las órdenes superiores y advertencias de subalternos más prácticos, desoyendo los consejos de la prudencia, iniciara Piera su injustificada invasión.

Confirmando una vez más que á la crueldad, unida va la cobardía, á este jefe, que tan inhumanamente pasara á cuchillo toda una tribu el año anterior, no sólo se le aflojaron los calzones, sino que cayó muerto de susto al saber la pérdida de su hermano, oficial de vanguardia.

La situación era bien afligente; pero quedaba Gómez, á quien no se le cayeron porque llevaba bien puestos los muy ajustados que por entonces se usaban.



Este oficial en quien recayó el mando, no era hombre de atortolarse, y, no obstante quedar á pie en media pampa, rodeado de indios, su prudencia y serenidad salvó á los que la impericia de su jefe dejara á punto de perecer en el desierto.

Improvvisando un atrincheramiento al pie de la Sierra de la Ventana, mientras que entretenía á los indios con parlamentos, acechaba la ocasión de hacer salir algún chasquí, en las sombras de la noche, pidiendo auxilios á Patagones.

Aunque pocos ó ninguno aguardaba de la tierra, puso su confianza en Dios y esperó.

Era de los soldados cristianos que, como los oficiales de Belgrano posteriormente, tanto enseñaban á un tiempo la carga del fusil en once voces, como el rosario en cinco *paternóster*.

Con esta ciega confianza en el buen Dios de su destino, al venir el día y cuando acababa sus devociones matinales, se le presentó un indio como llovido, y la lenguaraz Catalina, trayendo *papelito que habla* (papel pintado, carta ó comunicación).

El cacique mandaba decir que todos los cristianos habían sido derrotados, que pasaría á degüello á los cautivos, y también á los de ese campamento, si no se retiraban prontito. Que fueran el capitán grande y el cirujano, para tratar de las paces y auxiliar á los heridos.

Genuina muestra de la correspondencia de cautivos, transcribimos á continuación la carta del Piera cautivo al Piera muerto, del diario militar de Gómez:

«Querido hermano: Estoy bueno, á Dios gracias, y cautivo en poder de Catruén, el que me considera en ciertas cosas; pero estoy esclavo en poder de todos los del toldo. En fin, hazte cargo cuál será nuestra miseria; pero no debes darte por entendido de nada de esto, pues me han encargado todo lo contrario, y así me conviene. Avisa á Buenos Aires de nuestra infelicidad y la de Rozas, que está aquí en poder del Cacique Negro; y los demás están con Dios.

»Me mandarás un barrilito de vino, un par de arrobas de hierba, el tabaco que tiene Varena, catorce ó diez y seis cuadernillos de papel, una muda de ropa, el poncho y cuentas de las que tienen en los cajones, para pasarlo menos mal. Y así conviene los trates bien y les digas que te digo que me tratan como á ellos.

»Mándame uno ó dos reales de jabón para lavar; y mándame, ¡por Dios!, todo cuanto te pido, y te puedes retirar, que no te puedan hacer daño; y reza, y encarga nos encomienden á Dios por los cautivos y muer-

tos, por nuestra redención, y á Dios que te dé feliz viaje y á todos los compañeros. Yo me quedo á poca distancia.—*Domingo Gabriel Piera.*

»P. D.—Creía que á Gómez lo hacían para Río Negro, para ir á traer la paz. Trata bien á éstos, y di que te digo bien de todos; y no hay que hablar porque hay ladinos, y será para nosotros un infierno. La dicha Catalina es sobrina del gran Cacique: regálala bien, y mándame un tintero con pluma para escribirle al virrey.»

### III

Cuando allá por los años de 1724 llegó nombrado gobernador y capitán general, D. Domingo Ortiz de Rozas trajo un segundo Domingo en calidad de sobrino y ayudante; y cuando D. Domingo primero pasó á desempeñar la presidencia de Chile, donde, por las poblaciones que fundó, fué agraciado con el título de conde de las mismas, el sobrino de su tío, vencido ya en otras lides, próximo á caer en las de Himeneo, quedó en esta ciudad de la Santísima Trinidad, pasando á servir en el batallón real de infantería como capitán.

Este alto y erguido Sr. de Rozas, que poco se daba con la mayor parte de los oficiales, encontró entre ellos otro más alto y no menos capitán, que le caía en sayo, así en humos, pergaminos y estiramientos.

De Castilla la Vieja ambas familias, á un tiempo casi llegaron aquí; y si las preferencias de sobrino de su tío gobernador realizaban méritos propios en el flamante oficial, últimamente incorporado, los del más antiguo del batallón, centro de todos, sirviéronle de intermedio para la aproximación con los demás.

Alto, delgado y de morena faz el uno; rubio, sonrosado y grueso el otro; si aparecía entre ambos contraste físico, así se armonizaban en lo moral como en lo noble se igualaban.

Si el rubio descendía de los duques de Normandía, el moreno provenía de los antiguos condes de Gómez, abuelos de D.<sup>a</sup> Ximena, esposa del Cid Campeador, D. Rodrigo Díaz de Vivar, castellano á las derechas.

Y la larga lista de condes, duques y marqueses, en líneas paralelas, de ambas prosapias ascendían hasta el cielo, como que los dos tenían Santo en la Corte.

Los capitanes D. José Gómez del Canto y D. Domingo Ortiz de Rozas, con mayor predilección por el estrado que por la carpeta y otras distracciones de cuartel, galantearon, en la flor del coloniaje, descollantes pimpollos entre sus bellezas, por lo que, si no al mismo tiempo colgaron



la espada, en la misma hora misteriosa del corazón levantaron el velo nupcial sobre la frente virginal de sus prometidas.

Gómez desposó á una de las más hermosas doncellas del virreinato, doña Juana Rospilloso, cuya estirpe ha dado dos papas al Vaticano y un Santo al cielo, y el Sr. de Rozas á doña Catalina de la Cuadra.

Y lo que poco acontece en estos tiempos del telégrafo y del vapor, en que todo pasa rápido, y ni caudal ni amistades duran tres generaciones, los hijos de ambos siguieron hasta la tumba la amistad que heredaran de sus padres.

Venidos á la vida en corta diferencia sus primogénitos, como á hijos de capitanes del rey, á un tiempo les llegaron de la corte los cordones de cadete; juntos entraron en la escuela del rey D. Lázaro Gómez y D. León Ortiz, menos porque vivieran en un barrio, que por ser la única en muchos años. Más tarde ingresaron al batallón en que sus padres habían seguido su carrera. En un mismo buque se embarcaron para su primera campaña; una era la fecha de sus despachos; juntos arrollaron con sus valientes soldados del Fijo á los veteranos ingleses de la plaza de toros, en la tarde del 11 de agosto de 1806. Cuando el capitán Rozas supo que Gómez había caído muerto en la brecha de Montevideo, el 3 de febrero del año siguiente, tan gran sentimiento le apesadumbró, que antes de concluir ese año, y después de haber vengado á su hermano de armas, matando ingleses el año VII, colgó su espada.

Tales antecedentes explican la clase de íntima y sincera amistad que estrechaba á los dos alféreces del Fijo.

¡Cuál sería, pues, la sorpresa de Gómez al tener la primera noticia de su amigo! No sólo vivía Rozas, sino bueno y sano se encontraba á poca distancia de su campamento.

Como la desgracia le había hecho desconfiado, poco creía en promesa de indio; pedía mayores pruebas, algo como una muestrita, que le dejaran ver de lejos siquiera la punta de la nariz de tan deseado cautivo.

En esos parlamentos, chasques y mensajes se estaban, cuando un buen día se le presentó de cuerpo entero, y tan entero de alma como de cuerpo, el mismo Rozas: el tan llorado compañero.

#### IV

Abrazándose entre lágrimas, y pasados los primeros momentos de efusión, le dijo Gómez:

—Y bien, hermano, ¿qué debemos hacer para que tu visita en mi campamento pase de tal y te retengamos por siempre?

—Lo primero empezar por retirarse. Enviar el parlamento pedido, que yo dejo el terreno bien preparado en el ánimo de los caciques, haciéndoles ver cómo siempre les fué mejor cuando han vivido en paz con los cristianos.

—Pero empecemos por el principio, y puesto que estás ya entre nosotros, quédate.

—¡Imposible! He dado mi palabra y me conoces desde chico: esclavo de la palabra de honor.

—¿Palabra á indios?

—Palabra de cristiano, que yo siempre cumplí.

—De aquí no te sacarán sino después que nos hayan muerto á todos.

—Lo que no tardará mucho, pues te encuentras rodeado de *indiadas* sedientas de no dejar un cristiano, y son los caciques aconsejados por su propio interés, que no sólo entre indios es el mejor consejero, los que hacen esfuerzos en detenerlas. Catruén, que es el principal de los que aquí acampan, quiere mucho al hermano que fué de parlamento ante el virrey. Escribe á éste para terminar el tratado por el que los indios prometen someterse. Ha sido la mayor imprudencia traer invasión con tan poca gente, como se te inculparía que, rechazando la proposición del cacique, se perdiera ocasión tan propicia. No es fácil que salgas bien en tan afligente circunstancia, mientras que por interés de algunas yeguas y que les devuelvan los rehenes mandados, te dejarán volver sin hostilizarte. Los últimos *malones* han dado pésimos resultados, pues están las haciendas muy reconcentradas. Más cuenta hace á los indios vivir de las raciones y regalos del gobierno, que de los robos y asaltos, convencidos hoy, por mi propaganda, que les es mejor ser honrados por conveniencia.

—Todo esto está muy bueno; pero lo que es á vos, no te largo.

—Así será, señor comandante; pero como León Rozas nunca faltó á su palabra, y tengo ésta empeñada en volver, me largo solo—dijo, dirigiéndose al palenque, y montó el picazo.

No hubo razones que le hicieran apearse: ni los cariñosos pedidos de sus compañeros, ni las afecciones que á Buenos Aires le atraían.

Algunos días más pasaron en idas y venidas, chasques, mensajes y parlamentos; pues, si bien Gómez aceptaba las proposiciones, hacía hincapié en la entrega inmediata de Rozas.

Quedarían el capellán y demás prisioneros en rehenes, entregaría todos



los víveres y objetos pedidos, cuya lista, como *pedido de indio*, era larga. La comisión de éstos y la de cristianos marcharían unidas hasta la capital. Harían las paces, según lo convenido; pero nada de esto tendría cumplimiento sino cuando, en libertad Rozas en el campamento de Gómez, pudieran juntos emprender la marcha de regreso...

Y tanto alegó y lo sostuvo, que al fin lo consiguió, cumpliéndose el adagio de que:

«Más te vale un buen amigo  
que en tu troja mucho trigo.»

## V

Espigado, enjuto, puro nervios y puro corazón, era D. Lázaro Gómez un pundonoroso oficial, y á su perseverancia y buen tino debióse la salvación de los expedicionarios, redimir á Rozas, abreviar el cautiverio de sus compañeros y hacer la paz más duradera.

Aquí y en la otra banda se distinguió batallando contra portugueses y *charrúas*, pampas é ingleses.

Instruido y valiente, heredó, con la virtud de sus padres, el honor, herencia legada á sus descendientes, que han sabido conservar como religión de familia. . . . .

No había, pues, sido muerto D. León, ni siquiera herido, apenas si cautivo; y aunque al principio tratado con severidad, más humanamente lo fué desde que lo cambiara el cacique negro, como lo demuestra en dejarle ir, bajo su palabra, al atrincheramiento de los cristianos.

Este cacique recordaba que su padre había hecho la paz más larga con otro Rozas (1743); como un hijo de él repitiera á D. Juan Manuel, cien años después, que su padre (D. León) fué un día cautivo de su progenitor.

Y comprueba esto una vez más que siempre es bueno ser bueno, aun entre malos; pues supo D. León portarse como hombre honrado y buen cristiano en todas las circunstancias de la vida.

Consiguió hacerse querer de todos: primeramente, por las prendas que vestía; reservado para canjearlo, por su varonil belleza después y hasta por el recuerdo de su humanitario tío, gobernante que consideró á los indios, en todas partes llegaron á apreciarlo.

De más de una toltería lo pedían prestado, cuando, en compañía del padre Montañes, empezaron á instruir á las indias en cristianos principios y, tal vez, en otras cosas más.....

## VI

Así acabó ésta que pudo llamarse la expedición de los milagros; pues milagro y no chico fué que no mataran á Rozas, que lo conservaran intacto por tanto tiempo; le exhibieran como muestra de su propia existencia; que volviera, resignado cristiano, á seguir la suerte de sus compañeros cautivos; que al fin lo entregaran por las exigencias de Gómez; y, por último, y podemos decir que no fué este el menor de los milagros, que una partida tan reducida salvara en su travesía, al través de indiadas sedientas de pillaje.

Sobre si dejó ó no semilla entre pampas el hermoso cautivo, aunque poco dados á genealogías de princesas ni *cacicas*, agregaremos únicamente que más raro y extraordinario fué la aparición entonces de un cacique negro entre lampiñas caras bronceadas, que ver posteriormente más de una de las nietas de este mismo cacique negro peinar rubias trenzas sobre sonrosadas mejillas.....

Misterios son estos que Darwin á su paso no profundizó, ni tampoco nosotros.....

Hombre honrado á carta cabal, era D. León de Rozas humanitario y valiente; contemporizando, por su prudencia, supo conquistarse simpatías aun entre los salvajes.

De temperamento suave y afable, irradiaba su buen genio en su abierto semblante, y por su agradable conversación, dulce trato y bondadoso carácter paternal arreglaba cualquier disidencia, así entre indios como entre cristianos.

Proverbial fué siempre su distracción, como lo demuestran multitud de hechos; y sin duda para evitar que volviera á caer entre pampas, á su regreso, ya sin padres, congreso hubo de tías que le condenaran á cautiverio perpetuo.

Encargado de la casamentera misión su guía espiritual, como por tales tiempos se acostumbraba, llegó á descubrir que otro colega mercedario contaba entre sus hijas de confesión la más hermosa flor del vergel espiritual.

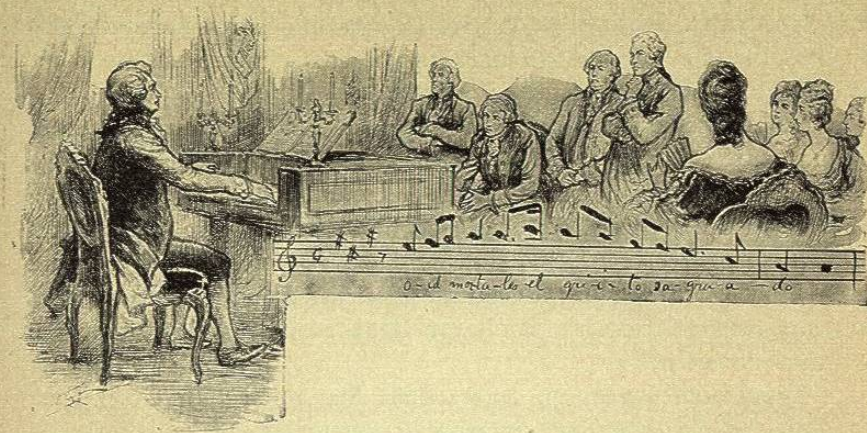
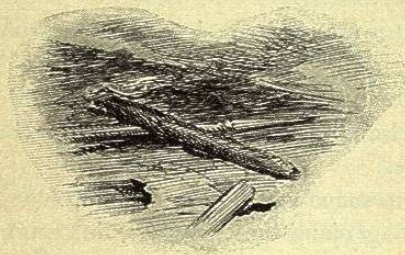
También sin padres (pues entre las calamidades que al Sr. D. León de Rozas persiguieron no conoció la de suegra), crecía la más bella mercedaria, que hábito de tal vestía desde el fatal *viernes* 13 en que su padre y hermano fueron muertos por los indios la misma tarde que cayó Rozas cautivo.....

En la del martes 30 de 1790, casó el capellán castrense, en el conven-



to de Mercedarios, al Sr. D. León Ortiz de Rozas con doña Agustina López de Osornio.....

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios son que encubriera el cortinaje del aposento conyugal, que no es dable levantar.



## EL HIMNO NACIONAL

(SU TRADICIÓN)

¡Oíd, mortales, el grito sagrado!

### I

Allá por los años 1813 era uno de los salones más concurridos en la reducida sociedad de esta capital el de la señora María Sánchez de Thompson, y en él fué donde se oyó por vez primera la música del himno nacional. Allí llevó el poeta Luca una de las hojas húmedas aún, recién salidas de la imprenta, y ante la reunión de todas las noches, en la del sábado 14 de mayo leyó los versos inolvidables de su amigo el Sr. D. Vicente López y Planes.

Con no menos aplausos fueron escuchados en tan selecta reunión, como en la tarde del 11, en que entre las primeras lágrimas de entusiasmo que arrancaron, atravesó el recinto de la asamblea el poeta fray Cayetano Rodríguez, y rompiendo la composición á él encomendada, abrazó al Sr. López en el arrebato de su más sincero entusiasmo.

Tres días después rodeaban el viejo clavicordio de mi señora doña Mariquita el Dr. García, Rojas, Molina, el mismo López, D. Valentín Gómez, Picazarri, Parera, cuando entre exclamaciones repitió el de Luca su magistral lectura.

Al poco rato Thompson tocaba (de una vieja colección de salmos que trajera de Inglaterra) el himno que David cantaba al arpa, marchando an-